



UNA UNIVERSIDAD PARA EL PUEBLO

Ignacio Ellacuría

El 12 de junio de 1982, el P. Ellacuría, rector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador, recibía el doctorado "honoris causa" de la Universidad de Santa Clara. Con este motivo pronunció en forma ligeramente abreviada este discurso, del que reproducimos aquí el texto íntegro.

Es un gran honor y, sobre todo, es un extraordinario gesto de solidaridad y de respaldo para la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" de El Salvador, que una Universidad de Estados Unidos, la Universidad de Santa Clara, haya decidido distinguirme con este "honorary degree". Estoy seguro que este gesto de ustedes no va dirigido en primer lugar a premiar mi modesta actividad intelectual y académica, sino que se extiende principalmente a apoyar la importante labor académica y social, que desde hace 17 años ha realizado nuestra Universidad. Esta labor ha ido orientada no sólo en favor de una cultura eficaz y encarnada, de una inculturación estrictamente salvadoreña, sino también y muy expresamente en favor de un pueblo, que busca su propia autodeterminación, y en favor de unas mayorías populares, a las que una larga y opresora historia de injusticia estructural ha dejado sin libertad, sin derechos humanos y aun sin voz.

Es muy importante para nosotros que una Universidad norteamericana, de reconocido prestigio y de clara inspiración cristiana, venga en nuestro apoyo y se solidarice con nuestra labor.

Efectivamente, Estados Unidos representa la fuerza política que opera sobre el área centroamericana y, en el momento actual, especialmente sobre El Salvador. El destino social y político de El Salvador está -gústenos o no nos guste, sea debido o indebido- en buena medida en manos del pueblo y, sobre todo, del Gobierno de los Estados Unidos. Es, por tanto, de primerísima importancia para nosotros que la política de los Estados Unidos respecto al área centroamericana sea una política correcta, que tenga en cuenta desde luego los verdaderos y justos intereses del pueblo norteamericano, pero que también y sobre todo se conforme a los principios de una ética política y correcta, a las necesidades de unos pueblos, que sufren miseria y opresión, no por su culpa o por su desidia, sino por una cadena de condiciones naturales y de sucesos históricos, de la que no son responsables.

Así lo han visto algunos congresistas norteamericanos, que buscan para los problemas salvadoreños y centroamericanos soluciones justas, aunque sean difíciles y arriesgadas. Así lo han visto algunas iglesias y grupos religiosos norteamericanos, que se han esforzado en solidarizarse con los sufrimientos y las aspiraciones del pueblo salvadoreño y han presionado muy activamente a las Administraciones norteamericanas para que no agudicen el conflicto mediante el envío incesante de nuevos refuerzos militares, antes bien propicien una salida justa negociada.

Creo yo que también a las Universidades norteamericanas les toca jugar un papel importante para que la presencia inevitable de los Estados Unidos en El Salvador y en América Central sea una presencia racional y justa. Y este papel debería ser cumplido de manera especial por aquellas Universidades que están inspiradas de algún modo por el deseo de que el Reino de Dios se haga cada día más presente entre los hombres. Es la invitación que les hago a ustedes en nombre

de nuestra Universidad y también, con algún atrevimiento, en nombre de las mayorías populares de El Salvador, que hoy llevan una vida crucificada y que, sin embargo, esperan días mejores, días en que, sin desaparecer por completo el dolor de la cruz, empiece a brillar más la gloria de la resurrección.

Yo quisiera decirles que en esta tarea está empeñada también nuestra Universidad, la Universidad "José Simeón Cañas", quien lleva el nombre de un sacerdote salvadoreño, que como diputado de la Asamblea Constituyente pidió y consiguió en 1824 la abolición de la esclavitud en Centroamérica. Había sido también años antes Rector de la Universidad San Carlos en Guatemala. He aquí algunas de sus palabras para pedir la abolición de la esclavitud en Centroamérica: "Vengo arrastrándome y si estuviera agonizando, agonizante vendría por hacer una proposición benéfica a la humanidad, con toda la energía que debe un diputado promover los asuntos interesantes de la patria. Pido que ante todas las cosas y en la sesión del día se declaren ciudadanos libres nuestros hermanos esclavos... Este es el orden que en justicia debe guardarse: una ley que juzgo natural por lo que es justísima, manda que el despojado sea ante todas cosas restituido a la posesión de sus bienes. Y no habiendo bien comparable con el de la libertad, ni propiedad más íntima que la de ella... deben ser inmediatamente restituidos al uso íntegro de ella. Todos saben que nuestros hermanos han sido violentamente despojados del inestimable don de la libertad, que gimen en la servidumbre suspirando por una mano benéfica que rompa la argolla y el virote de la esclavitud. Nada pues más glorioso a esta augusta Asamblea, más grato a la nación, más provechoso a nuestros hermanos, que la pronta declaración de su libertad... La nación toda se ha declarado libre; lo deben ser también las partes que la componen. Este será el decreto que eternizará la memoria de la justificación de la Asamblea, en los corazones de estos infelices, que de generación en generación bendecirán a sus libertadores". Recuerden ustedes que los esfuerzos de Abraham Lincoln y de otros patriotas norteamericanos sólo el 1 de enero de 1863 lograron "the formal and definite Emancipation Proclamation". Habían pasado casi cuarenta años desde que lo consiguiera para los es-

clavos de Centroamérica el sacerdote, universitario y político, José Simeón Cañas.

En este mismo espíritu de liberación trabaja hoy nuestra Universidad. Permítanme que les diga con brevedad cómo nos concebimos a nosotros mismos como Universidad, para que ustedes entiendan mejor nuestra labor y para que ustedes puedan ayudarnos con toda responsabilidad.

El punto de arranque para nuestra concepción de lo que debe ser una Universidad viene dado por una doble consideración. La primera y más evidente, que la Universidad tiene que ver con la cultura, con el saber, con un determinado ejercicio de la racionalidad intelectual. La segunda, ya no tan evidente y común, que la Universidad es una realidad social y una fuerza social, marcada históricamente por lo que es la sociedad en la que vive y destinada a iluminar y transformar, como fuerza social que es, esa realidad en la que vive, de la que vive y para la que debe vivir. De ahí surge la cuestión fundamental. ¿En qué consiste el servir universitariamente a la iluminación transformadora de la realidad social, de la sociedad y del pueblo, en que está inserta?.

Pienso que a esta pregunta no puede responderse con suficiente crítica de una manera abstracta y universal, como si la Universidad pudiera ser siempre y en todas las partes lo mismo. Debemos ser regidos en la búsqueda de la respuesta por lo que es la realidad histórica, a la que pretendemos iluminar y transformar. Pues bien, nuestro análisis intelectual encuentra que nuestra realidad histórica, la realidad de El Salvador, la realidad del Tercer Mundo, es decir, la realidad de la mayor parte del mundo, la realidad histórica más universal, se caracteriza fundamentalmente por el predominio efectivo de la falsedad sobre la verdad, de la injusticia sobre la justicia, de la opresión sobre la libertad, de la indigencia sobre la abundancia, en definitiva del mal sobre el bien. Quizá esta afirmación o esta serie de afirmaciones no sea compartida fácilmente por ustedes. Pero recuerden que ustedes, son una minoría super-privilegiada de la humanidad. Para nosotros, en cambio, esas afirmaciones

son una constatación que se nos impone día a día, tanto por la evidencia inmediata de los hechos cotidianos, mejor diría de lo sufrimientos cotidianos, como por el análisis universitario de la realidad, que se encubre, pero que también se descubre tras los fenómenos inmediatos.

Nos encontramos así, sin haberlo buscado, inmerso en una realidad histórica dialécticamente estructurada. No hay una mera coexistencia de contrarios, tras la cual se diera una mera coexistencia de grupos humanos; hay una verdadera relación dialéctica estructural entre los mismos y, con frecuencia, una interacción causal. No quieran ver en esto ningún dogmatismo hegeliano ni marxista. Si de fuentes quiere hablarse, vean en esto una vivencia y una iluminación bíblico-cristiana, más tarde racionalizada por Hegel y convertida en análisis científico de la historia por Marx. Pero para nosotros no han sido los dogmas, ni las doctrinas, ni las teorías, sino que ha sido la realidad, la que nos ha obligado a revisar críticamente teorías ajenas para construir la nuestra propia.

Inmersos en esa realidad, poseídos por ella, nos preguntamos qué hacer universitariamente. Y respondemos, ante todo, desde un planteamiento ético: transformarla, hacer lo posible para que el bien domine sobre el mal, la libertad sobre la opresión, la justicia sobre la injusticia, la verdad sobre la falsedad, el amor sobre el odio. Sin este compromiso y sin esta decisión no comprendemos la validez de la Universidad y, menos aún, la validez de una Universidad de inspiración cristiana.

Pero no basta con ello. Esta transformación, que la deben pretender diversas fuerzas sociales, incluidas la Iglesia y el Estado, la debe emprender la Universidad desde su especificidad universitaria. Y a esa especificidad pertenece el análisis racional de las causas de esa situación y el esfuerzo creativo para encontrar su remedio y solución; pertenece también la transmisión a la sociedad y, especialmente, al verdadero sujeto histórico de esa sociedad, de aquella conciencia que ilumine y aliente su propia autodeterminación; pertenece finalmente la formación de aquellos profesionales,

sin los que no es posible la transformación eficaz adecuada, una formación, ante todo, ético-política, pero también indispensablemente una excelencia académica.

Quisiera añadir una palabra para insinuar de qué modo la inspiración cristiana de la Universidad cualifica esa voluntad general de orientar la labor universitaria en la dirección que acabo de indicar. La discusión a fondo de este punto nos llevaría demasiado tiempo. Permítanme, por tanto, que lo haga de una forma concisa y por tanto, con apariencias un tanto dogmáticas.

La teología de la liberación, que se entiende a sí misma como el momento racional reflexivo sobre la praxis del verdadero pueblo de Dios sobre la verdad de la revelación, ha subrayado con especial intensidad lo que significa como fuente de autenticidad cristiana, tanto teórica como práctica, la opción preferencial por los pobres. Esta opción le parece ser un elemento esencial de la praxis cristiana y le parece ser asimismo una exigencia histórica de alcance universal. Los pobres son el lugar cristiano por excelencia, son un lugar teológico de revelación, de salvación y de conversión; pero son también una realidad histórica palpable, una realidad histórica universal. Es aquí donde históricamente confluyen razón y fe, una razón realista que abre sus ojos a la realidad histórica de nuestro mundo y una fe escandalosa, que ve en lo débil de este mundo el triunfo de Dios, esto es, la salvación histórica de la humanidad. Unos pobres, no lo olvidemos, que en parte lo son por haber sido positivamente empobrecidos, por haber sido despojados, como escuchábamos en el texto de José Simeón Cañas. Y unos pobres que, con frecuencia, son reprimidos, cuando luchan por su liberación.

Pues bien, una Universidad de inspiración cristiana es aquella que enfoca toda su actividad universitaria, esto es, la actividad universitaria como un todo, aunque no necesariamente en cada una de sus partes, desde el horizonte iluminador de lo que significa una opción preferencial cristiana por los pobres; unos pobres, que son, además, la inmensa mayoría de la humanidad, el hombre real y concreto, que vive hoy en

el mundo del siglo XX. Esto no significa que sean los más pobres los que deben entrar a cursar sus estudios en la Universidad, ni que la Universidad deba de dejar de cultivar toda aquella excelencia académica, que se necesita para resolver los problemas reales, que afectan a su contexto social. Significa más bien que la Universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón.

Nuestra Universidad ha intentado ponerse en esta línea difícil y conflictiva. Ha obtenido algunos resultados a través de sus investigaciones, de sus publicaciones, de sus denuncias públicas; a través, sobre todo, de unos hombres, que han dejado otras alternativas más brillantes, más mundanas y lucrativas para entregarse vocacionalmente a la liberación universitaria del pueblo salvadoreño; a través en algunos casos de estudiantes y profesores, que han pagado muy dolorosamente con su propia vida, con el exilio, con el ostracismo, su entrega al servicio universitario de las mayorías oprimidas. Por esta labor quienes están cerca de los verdaderos intereses populares y no están cegados por desinformaciones o dogmatismos, nos han alabado, apoyado y agradecido. Por esta labor hemos sido duramente perseguidos: no menos de diez bombas han explotado en el recinto universitario desde 1976 a 1980, decenas de profesores y estudiantes han tenido que abandonar la Universidad y el país; hemos sido en ocasiones cercados, cateados e intervenidos militarmente; un estudiante fue abatido a tiros, indefenso, por la fuerza policial que se introdujo en el recinto universitario; hemos recibido presiones y amenazas, recortes en el apoyo financiero del Estado... Hemos seguido, en fin, aunque de lejos, el mismo destino que una buena parte del pueblo salvadoreño. A nosotros también, nos afectan y nos reconfortan aquellas palabras de Mons. Romero, cuando decía, al enterrar a los sacerdotes asesinados, que algo iría mal en la Iglesia salvadoreña, si junto a tanto pueblo humilde asesinado, no hubiera sacerdotes que corrieran el mismo destino. Si nuestra Universidad nada hubiera sufrido en estos años de pasión y muerte del pueblo salvadoreño, es que no habría cumplido con

su misión universitaria y, menos aún, habría hecho visible su inspiración cristiana. En un mundo donde reina la falsedad, la injusticia, la represión, una Universidad que luche por la verdad, por la justicia, y por la libertad, no puede menos de verse perseguida.

Mientras seguimos trabajando sin descanso por estos objetivos, reconocemos que aún estamos lejos, a la hora del trabajo intelectual y del compromiso social, de lo que nos exige la realidad trágica de El Salvador y los grandes sufrimientos de las mayorías populares. Pero no nos falta ni la claridad de propósito ni la voluntad de realizarlo. Quisiera pensar -y esa es la interpretación que hago del honor que me otorgan- que ustedes están dispuestos a ayudarnos en esta tarea.

No me toca a mí decirles cómo lo pueden hacer. Bastaría que pusieran parte de su potencial universitario y todo su corazón humano y cristiano ante la realidad de un mundo crucificado y se respondieran a la triple pregunta que San Ignacio de Loyola se hacía ante el paradigma y representante de todos los crucificados: ¿qué he hecho yo por este mundo? ¿qué hago ahora por él?. Y, sobre todo, ¿qué debo hacer?. ¿Qué debe hacer una Universidad norteamericana por los pueblos latinoamericanos, cuando, como decía al principio, son los Estados Unidos una de las fuerzas más determinantes en lo político y en lo económico, en lo cultural también, de la realidad latinoamericana?. Queda abierta la respuesta a su responsabilidad personal y universitaria.

Quiero de todos modos reiterarles mi agradecimiento por la invitación que me ha hecho el Presidente de esta Universidad, el Padre William Rewak a dirigirles estas palabras testimoniales, que me han permitido hacer presente de algún modo el dolor y las ansias de liberación de un pueblo admirable. Quiero agradecer en nombre de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas esta distinción que se le hace al convocar a su Rector para darle simbólicamente a toda la Universidad un abrazo de solidaridad y de apoyo. Quiero agradecer en mi nombre el honor personal que me han hecho. A pocos nos caben dudas sobre la generosidad del verdadero pueblo norteamericano. Después de esto a mí no me cabe ninguna. Muchas gracias a todos ustedes.